

Se reunían todas las semanas, los días sábados en la tarde. Doña Elcira les hacía empanaditas fritas, de carne y de queso, y don Carlos abría una damajuana (botellón de 5 litros) de buen vino tinto, del llamado “pipeño”. Compartían conversaciones, anécdotas, chascarros, así como la comida y la bebida que los dueños de casa disponían sobre la mesa, con generosidad. Los asistentes llevaban sus cuadernos y anotaban ideas que surgían de esas charlas. Eran, en su mayoría, jóvenes. Quizás algunos llegarían a ser promesas o a consagrarse como poetas. Recitaban sus versos, leyéndolos de sus cuadernos y así se sometían a la primera crítica de sus obras, una crítica sincera y desinteresada.

Por supuesto, ser poeta no es una profesión con la que se pueda mantener una familia, pero ellos eran jóvenes y aún no tenían responsabilidades de esa naturaleza. A esa edad es más fácil soñar...

Cabe señalar y destacar que don Carlos estaba a cargo de la biblioteca municipal, lo que le permitía leer, comparar y desarrollar una capacidad crítica bastante importante, la cual le daba un cierto nivel a la literatura en ese pueblo. Sí, pues si una obra era bien criticada en esas tertulias, sería comentada en la Biblioteca – había un diario mural allí, donde se publicaba todo tipo de noticias literarias – y en el mayor de los éxitos locales, podría ser publicada en el periódico local, “El arribeño”.

El pueblo era rural, campesino, pero a diez kilómetros había costa, de ahí el nombre del diario local. Le decían “el diario”, si bien era publicado semanalmente. Don Evaristo, su dueño, consideraba que, además de las noticias y de los avisos comerciales, debía reservar tres espacios: entretención, deportes y cultura. Y en la sección de cultura, en literatura, eran siempre bienvenidos los artículos que escribía don Carlos López, el bibliotecario de la Municipalidad. Esos artículos eran ley – en este caso, escrita – para el grupo literario del pueblo.

Esta historia es la de un verano en que eran más o menos trece los noveles escritores que frecuentaban estas tertulias en la casa de don Carlos López. Uno de ellos era el menos prolífico, escribía poco y a lo lejos, pero según don Carlos, tenía condiciones aunque aún no estaba claro si debía escribir poesía o prosa. Si se dedicaba a esta última, debería abandonar esas tertulias... Pedro se llamaba.

A Pedro le gustaban esas reuniones. Le encantaba conversar, comer y beber, en compañía de los que ahora consideraba sus amigos. Sabía que él escribía prosa, específicamente cuentos, pero se esforzaba en escribir alguna poesía, de menor calidad que sus cuentos, sólo para validar su asistencia a las tertulias sabatinas.

Así transcurrían los días y parecía que todo seguiría igual. Don Carlos, dirigiendo imaginariamente el movimiento literario del pueblo, doña Elcira friendo empanadas, don Evaristo vendiendo su periódico, los poetas reuniéndose los sábados y Pedro, participando de ello.

Hasta que un día, don Carlos viajó a una ciudad cercana importante, en uno de los buses interprovinciales, y de vuelta, llegó con algunos periódicos que decidió llevar a la Biblioteca como lectura para los parroquianos ávidos de noticias. Los tuvo en su casa un solo fin de semana y el lunes los llevó. El tema es que Pedro los vio ese sábado y se los pidió para leerlos. Durante la tertulia, se le vio anotar algo en su cuaderno, alguna información que tenía el periódico, alguna idea o cualquiera otra cosa, no sabemos qué.

Seis meses después, don Evaristo recibió una visita inesperada. Cuando le dijeron que quería verlo Pedro, dudó en recibirlo. No tenía una buena opinión del joven

(nunca había publicado en su periódico un escrito suyo) y le parecía un joven irresponsable, más bien un pseudo escritor.

En fin, dejó de pensar en ello y lo recibió.

Pedro entró con una sonrisa y, después de los saludos acostumbrados, que en realidad no van dirigidos a inquirir cómo está el otro, sino más bien a cumplir con el ritual que indica que somos personas educadas, Pedro tomó asiento donde le indicó don Evaristo, en el sofá.

¿Qué quiere usted, joven? ¿Tiene una poesía que desea publicar?

No exactamente, le replicó Pedro. Lo que tengo para usted es una noticia: he ganado un concurso de cuentos.

¿Y dónde. Se puede saber?

En la capital.

Pedro seguía sonriendo, satisfecho de la cara de sorpresa de don Evaristo.

¿Y de dónde has sacado esa noticia?

Pedro le mostró la carta en que se le notificaba que había obtenido el primer lugar nacional y que debía ir en dieciséis días más a recibir su premio, consistente en una colección de las obras completas de Jorge Luis Borges y la publicación de su cuento en una antología dedicada a autores noveles, inéditos, emergentes, que realizaría una conocida editorial.

Mientras leía, con manos temblorosas, don Evaristo cambiaba su cara, que subiendo de su acostumbrado color pálido a uno más rojo, como si tuviera mucho calor.

Pero, Pedro ¡Esto es excelente! ¡Es una gran noticia! Por fin tenemos un escritor en el pueblo, sin duda no eras un poeta y te tenías guardada tu habilidad narrativa. Esto debemos publicarlo, pero antes le avisaré a don Carlos.

Llegó pronto a esta reunión don Carlos. La biblioteca sólo estaba a dos cuadras de ahí, y además caminó rápido. Rara vez lo llamaba don Evaristo y siempre era para temas importantes. El buen hombre se enteró de las buenas nuevas, que le alegraron mucho, y tomó nota de los detalles para incluirlos en el diario mural de la biblioteca.

Pedro se comprometió a darles una copia de su cuento en cuanto volviera de la premiación, para que hubiera un ejemplar en la biblioteca y además fuera publicado en el semanario.

Quizás por entregas, pensó don Evaristo. ¿Cuántas páginas tiene?

Diecinueve, respondió Pedro.

Entonces, lo publicaremos por entregas.

Se generó un gran interés entre los vecinos al conocer la noticia en “El arribeño”, donde no sólo se dejaba claro que había nacido un nuevo escritor, de calidad sorprendente, premiado en la capital, sino que, para deleite de sus lectores, el cuento sería publicado en las cuatro próximas ediciones del semanario.

Ya don Evaristo se frotaba las manos, pues su periódico se vendería bien por un mes. Probablemente, tendría que aumentar la cantidad de ejemplares y quizás podría subir su precio un poco, nada exorbitante.

La reunión del siguiente sábado estuvo dedicada a Pedro y a aconsejarlo respecto de su viaje y de las precauciones que debía tener en él. Fue una velada muy agradable. Por fin, el pueblo saldría de su anonimato.

Hasta lo acompañaron a tomar el tren, el día señalado.

Esperaron tres días, y apareció Pedro.

El contrato que había firmado le otorgaba la exclusividad a la editorial. Ahora, si querían tener su cuento ¡debían comprar un libro!